

á llevar á mi hija; porque lo que no le doy no se lo debo quitar, ni he de echar esta fortuna á puerta agena. A mas de que, quién la ha de querer mas que yo que soy su madre, y sabe Dios lo que me ha costado; y con todo eso, muy bien sé que va segura, porque el señor D. Gervasio Protasio es muy hombre de bien, y muy cristiano, y muy caritativo, y muy liberal, y muy honrado, y muy todo; y por fin, yo no debo juzgar vidas ajenas, ni Tules es chiquita; ya sabe bien donde le aprieta el zapato; y si ella fuere tonta y se dejare engañar, allá se lo haya: su alma y su palma, y Cristo con todos. Y así compadre, yo le agradezco á V. mucho y á mi comadrita los dias que la han tenido en su casa, y con su licencia me la llevo. Anda, niña, recoge tus trapitos, y vámonos.

El coronel se incomodó, como era regular, con la terquedad de la vieja, y así se retiró diciéndote que hiciera lo que quisiera. La niña repugnaba el irse por el amor que tenia á los señores, y porque era naturalmente juiciosa; pero instando su madre mas y mas, tuvo que obedecer contra su gusto.

Recogió su ropa, y abrazando á Doña

Matilde y Pudenciana con la mayor ternura, sin poder articular una palabra, porque el llanto no se lo permitia, se salió de aquella casa que justamente veia como un asilo.

Todos sentimos la ausencia de Tulitas, porque era una muchacha muy amable; pero mas que todos el coronel que preveia sus futuras desgracias.

A pocos dias recibí orden de mi padre para que borrarase colegiatura, y me retirara al pueblo en donde residia, porque estaba enfermo y le era necesaria mi asistencia. Se hizo así, y dispuso el coronel mi marcha, la que verifiqué con no ménos sentimiento que Tulitas.

## CAPITULO V.

*En el que el coronel discurre sobre lo útil que seria que las mugeres aprendiesen algun arte ú oficio mecánico con que subsistiesen en caso de necesidad.*

Al fin de los cinco años de mi ausencia, regresé á esta capital, y luego que llegué á ella, fui á buscar á mi buen amigo el coronel.

Se deja entender que al efecto me diri-

gí á la casa de D. Dionisio Langaruto, quien con su esposa Doña Eufrosina me recibió con bastantes muestras de cariño: me hicieron mil preguntas y repreguntas acerca de las tierras donde habia estado, á las que yo contesté unas veces con verdad y otras sin ella, seguro de que todo cuanto dijera lo habian de creer, solo porque yo decia que lo hacia visto; bien que en esto no hice mas que mentir con la autoridad de viajero.

Así que estos señores se cansaron de preguntarme, les pedí razon del caballero coronel y su familia, y me dijeron que ya no vivia con ellos; porque habiéndose enfermado Doña Matilde, fué preciso al coronel, llevarla al parage que llaman la Tlaspána á que mudase temperamento, y que cuando se restableció su salud, tomó casa frente de la Alameda, por ser mas cómoda que la que ocupaba en su compañía.

Luego que supe esto, les pedí las señas de la casa, me las dieron, y al instante me despedí de aquellos señores, porque ya se me hacian siglos los minutos que tardaba en ver á mi apreciable D. Rodrigo.

Quando entré, estaba Doña Matilde to-

cando en su clave y el coronel leyendo un libro; pero no bien me vieron, quando dejaron ambos los objetos de su diversion, y se levantaron apresuradamente para abrazarme.

Yo correspondí sus cariñosas demostraciones con las palabras y señales que en semejantes casos dicta la urbanidad, el amor y la gratitud. Doña Matilde disparó sobre mi una descarga cerrada de preguntas acerca de las particularidades de mi viaje y de las tierras que habia visto, á las que yo contesté con mas prudencia que en casa de Doña Eufrosina, y procuré quanto pude economizar las mentiras, como que sabia que el coronel no era nada vulgar, y podia sorprenderme cuando yo estuviera mintiendo mas alegre.

Mucho sentimiento manifestaron estos dos señores cuando supieron que habia fallecido mi padre. Ciertamente que me es muy desagradable la noticia, me dijo el coronel, porque tu padre fué mi amigo verdadero, lo traté mucho, analicé su carácter, y siempre lo advertí virtuoso sin supersticion, sabio sin vanidad, benéfico oculto, buen padre, buen esposo, buen amo, y hombre de bien á toda prueba. Los

que lo conocieron como yo en esta capital, y los que por tantos años lo trataron así dentro como fuera del real colegio de Tepotzotlan, donde fué un médico apreciable, serán perpetuos panegiristas de sus virtudes. Ni dudo que los pobres de aquel pueblo llorarán su falta y acompañarán con lágrimas su entierro. El llanto de los infelices socorridos siempre riega los túmulos de sus benefactores. Procura pues, no olvidar las máximas que te inspiró de religion y de moral cristiana, y de esta manera honrarás su memoria, pues por el fruto se conoce el árbol.

Acabó su discurso el coronel, que se me quedó bastante impreso en la memoria, y despues de haber hablado de otras cosas, le pregunté por la niña Pudenciana. Está allá adentro, me dijo su mamá, y con visita; ¿quieres verla? Sí, deseo verla, le respondí; pero si está con visita cumpliré mi deseo otra ocasion. Vamos ahora, dijo el coronel, pues la visita que tiene es de confianza, y ella misma se alegrará de verte. Diciendo esto, nos levantamos de los asientos y fuimos á ver á Pudenciana.

Entramos á su cuarto, y la hallamos muy divertida bordando un pañuelo. Luego

que me vió, se levantó y me hizo aquel buen recibimiento que yo debia esperar de su cariño y bien dirigida educacion.

Muy diferente fué el tratamiento que recibí de Pomposa que estaba allí de visita, pues embelesada en componerse un rizo, se miraba al espejo con tal atencion, que no la tuvo para saludarme, hasta que Doña Matilde la llamó de su éxtasis diciéndola: Mira, niña, quien está aquí. ¿Qué, ya no lo conoces? Háblale. Entónces Pomposita volvió la cara, me reconoció un breve rato, y con un aire de proteccion solo me dijo: *Beso á V. la mano.*

Yo no pude ménos que sorprenderme al advertir un estilo tan vano y petulante, que se propasaba á impolítico, porque sin hablarme otra cosa, dirigió la palabra á su tia, diciéndole: Estoy hecha un veneno contra la maldita costurera. Vea V. qué caracoles me hizo tan feos, parecen escaleras arruinadas. Unos mas altos, otros mas bajos: estos de aquí mas grandes, y los de este lado mas chicos, y todos ellos sin proporcion ni simetría, y lo peor es que así he venido por la calle. ¡Voto á mis pecados! ¿que no me lo advirtiera mi mamá! ¿Qué habrán dicho de mí las gen-

tes! El coronel se sonrió, y la dijo: Pues acaba tu obra y vamos á comer, que ya es hora. Con esto, nos fuimos todos á la sala, y la dejamos atareada en su importantísimo negocio.

Pudencianita me contó como ya sabia leer, escribir, contar, coser, bordar, dibujar, y estaba aprendiendo á tocar el clave con su madre. Otra cosa sabes que no le has dicho á Joaquin, dijo el coronel. Es verdad, dijo Pudenciana, se me habia olvidado: ya sé componer relojes. ¡Componer relojes! repetí yo con mucha admiracion. Ese oficio ó arte es propio de los hombres, y por lo mismo en V. será una rara habilidad. Pasará por tal, dijo el coronel; pero solo entre aquellas personas preocupadas que piensan que en la almohadilla se encierra todo lo que necesitan ó lo que pueden saber las mugeres. Aunque yo no encuentro una razon sólida para que sean excluidas del conocimiento de las artes y oficios en que se ejercitan los hombres. De aquellas artes digo que no requieren fuerzas fisicas, sino solo una constante aplicacion.

Mucho mas extraño esta exclusion, cuando considero que las mugeres son in-

fatigables en el trabajo que pueden soportar, por prolijo que este sea. ¿Quién tendrá la paciencia que ellas para sacar de un cambray superfino con mucha cuenta y cuidado, treinta mil hilos, para dar dobles puntadas y lazaditas, y hacer unas filigranas primorosas? ¿Quién no se cansará solamente de verlas ensartar guardando dibujo y proporcion, millares de cuentecillas de chaquira para hacer una trenza, una cigarrera ú otra cosa? Lo mismo digo de todos sus artefactos.

Pero si á proporcion del premio hemos de juzgar del mérito de las obras, ninguno tienen las de las mugeres, porque ningunas hay mas mal pagadas. ¿Y esto de qué proviene, sino de que la aguja, el dedal y las tijeras son los únicos instrumentos que manejan todas? esto es, todas las que son mugeres. Para una camisa hay doscientas costureras, y para una cosita de primor y curiosidad, hay comunidades y congregaciones de curiosas (\*). Por esta razon, las que trabajan por necesidad, abaten el precio de sus costuras hasta el ex-

(\*) Tales son las Vizcainas, Belen, la Enseñanza, y todos los conventos de religiosas y colegios de niñas.

tremo, para encontrar algo que hacer. Esto consiste en que todas las mugeres que quieren serlo, no saben sino una misma cosa. Si todos los hombres fueran pintores, la miniatura mas preciosa valdria dos reales.

De que sea tan mal pagado el trabajo de las mugeres, resulta que aun las mas laboriosas no pueden sostenerse con la aguja; y si alguna lo consigue, es á costa de su salud, y siempre á las orillas de la miseria.

La viuda que queda pobre y con hijas grandes y bonitas, como no tenga mas arbitrio que la almohadilla para sostenerlas, bien se puede considerar en el camino del precipicio, á no ser que la detenga una virtud muy sólida, pues por una parte la constante seduccion que las ofrece mejorar de suerte en un momento, y por otra, la necesidad que urge y oprime sin cesar, son unos alicientes que conducen á la prostitucion con tal vehemencia, que para resistirlos es necesario el poder de la divina gracia. Para precaver estas fatales consecuencias, seria de desear que todos los padres de familia, especialmente los pobres, enseñasen á sus hijas algun

arte ú ejercicio que fuese compatible con la delicadeza de su sexo. No encuentro yo embarazo para que las mugeres pobres segun su inclinacion se dedicasen á ser sastres, músicas, plateras, relojas, pintoras y aun impresoras (\*). Cualquiera oficio de estos seguramente les proporcionaria mas ventajas en los tiempos críticos de la necesidad, que no las costuras mas bien trabajadas.

Mas esto no quiere decir que no se apliquen las mugeres á la aguja, á la cocina y á todos los quehaceres domésticos en su primera edad. Esta fuera una herejía social. Cada miembro del estado debe estar en aptitud de desempeñar aquellos cargos á que ordinariamente se destinan los de su clase, y siendo el primer cargo de la muger cuidar de su marido, de sus hijos y su casa, es de su primera obligacion aprender á cumplir con este cargo, el que no llenará nunca la muger rica ó pobre que ignore á lo ménos cómo se sa-

---

(\*) *Cuantas objeciones generales se pueden oponer á este dictamen son tan débiles, que se destruyen con un soplo. Quitense del mundo las preocupaciones, y serán mas felices los mortales.*

zona un puchero, cómo se hace una camisa, se asiste á un enfermo, y se conserva el órden económico y aseado en una casa.

Por tanto, toda muger desde su niñez debe instruirse en estos pormenores solamente porque es muger, aunque sea rica, porque no sabe si llegará á pobre; pero las que no tengan facultades, despues de saber lo mas preciso, podrian con mejor fruto aprovechar el tiempo que gastan en aprender á bordar, deshilar, labrar, embarcenar, ensartar chaquira y hacer florecitas de seda ó de papel. Yo hablo aquí como en mi casa y cómo padre de mi hija. cada uno en la suya hará lo que le dicte su prudencia ó su gusto.

A este tiempo entró Pomposita en el comedor hecha una Filis, con los rizos tan bien puestos como si se los hubiera medido á compas, y con la mas exacta geometria.

Nos sentamos á la mesa, y durante la comida se habló de varias cosas. Entre ellas me contó el coronel como Doña Eufrosina habia dado á luz dos niños, que existieron poco en el mundo, porque las chichiguas y pilmmas les dieron prontamente sus pasaportes para el cielo. Doña

Matilde no tuvo mas que á Pudenciana, y acaso se esterilizó por alguna imprudencia con que la trataron en su parto segun el coronel temia.

No dejó de hablar Pomposita; pero con un aire de orgullo y de satisfaccion, que yo no cesaba de admirar, y no tanto por su vanidad, cuanto por su estilo ampollado y pedantesco.

Finalmente, se concluyó la comida, las dos niñas se fueron á divertirse con los pájaros y macetas, y nosotros nos fuimos á la sala á pasar la siesta.

Entónces me dijo el coronel como se habia separado de la casa de su cuñada, por excusar un rompimiento á causa de las frecuentes disputas que se ofrecian, por no ser las dos familias de igual modo de pensar. Yo quiero mucho á Pomposa y á sus padres, añadia el coronel; pero no puedo conformarme con sus costumbres. Una de las cosas que me hacian contrapeso para la educacion de mi hija era el genio de Pomposa y el mal ejemplo que la daba. Ya tú conoces mi carácter y el de Matilde, como que casi te criaste con nosotros, y ya verás qué bien me pareceria que quisieran hacer á Pudenciana an-

dariega, ociosa, bailadora, vana presumida y altiva; pues todo esto y algo mas seria al lado de su buena primita; porque las malas costumbres se contraen muy fácilmente, y mas cuando hay ejemplos que las insinúen y partidarios que las justifiquen ó que pretendan justificarlas.

Yo siempre procuraba irle á la mano á mi cuñada en muchas cosas, pero gastaba en vano mi saliva. Ella es de capricho; y quererla persuadir una verdad que no le acomoda, es lo mismo que querer ablandar una vigornia con la mano.

Reflexionando seriamente en las fatales consecuencias que podía acarrear nos su tan inmediata compañía, la he separado, pretextando primero la enfermedad de Matilde, y despues la comodidad que me proporciona esta casa; y de este modo hemos salido en paz, aunque yo no he conseguido enteramente el fin que me propuse; pues como por una parte nos amamos, y por otra los vínculos de la sangre estrechan nuestra amistad, lo que se ha logrado es alejar las casas y disminuir las ocasiones; pero no cortar estas del todo, que es lo que yo deseaba. Todos los domingos viene Pomposita ó envian por Pu-

denciana, y no hay paseo ni frasca á que no nos conviden con instancia; y lo peor es que muchas veces es preciso contemporizar, por no ofender las leyes de la amistad ó de la política, por no parecer ridiculo y misántropo.

Apoyé, como era justo, el discurso del coronel, y por saber qué juicio hacia del afectado estilo de su sobrina, le dije: Entre las nulidades que V. ha observado en la niña Pomposita, luce su instruccion lo mismo que una perla entre muchas piedras falsas. A lo ménos, así me parece, despues que en la mesa la oí explicarse en algunas materias con términos técnicos ó propios de lo que se trataba, lo que me hace creer que está bastante instruida.

Debía estarlo, contestó el coronel, porque tiene bastante capacidad; mas ha llenado su entendimiento de impertinencias y bagatelas, y con esto ha conseguido hacerse una erudita á la violeta, y bachillera perdurable. Los hombres de juicio la compadecen, al mismo tiempo que los tontos la celebran.

Toda la causa de la ignorancia y pederanteria de Pomposita ha sido la indolencia y falta de precaucion de su padre.

Al principio no cuidó de que se instruyera, y despues le permitió leer indistintamente los libros que él habia comprado para adornar su gabinete. Con esto la muchacha ha picado de todos y de cada uno sin el menor discernimiento, y se ha llenado de multitud de ideas heterogéneas ó diferentes entre sí, las que saca á la plaza cuando quiere; y como carece del verdadero conocimiento de las materias que trata al mismo tiempo que de la legítima significacion de los términos con que se expresa, las mas veces habla unos desatinos tremendos; y en verdad que es una lástima que no haya aprovechado sus luces, pues cuando raciocina con juicio se conoce que no es tonta y que ha leído algo.

Y aun eso es una maravilla, dije yo; porque siempre he oido decir que la muger mas hábil no pasa de tonta.... V. dispense, señora Doña Matildita, que yo no digo lo que siento, sino lo que he oido decir, y esto porque el señor coronel me diga si aciertan ó no los que se profieren de ese modo.

Seguramente no, dijo D. Rodrigo, y tú me has oido decir varias veces que las mu-

geres pueden saber tanto como los hombres mas instruidos. Esto se prueba por la causa y por el efecto. Por la causa, porque siendo la alma el receptáculo de la sabiduría, y no careciendo las mugeres de alma, se sigue que tienen la misma aptitud que los hombres.

Ahora, que esta disposicion sea en unas mayor ó menor que en otras, que las mas no la cultiven, no prueba que no la tengan, ó que no la puedan ejercitar en cosas útiles. Ya adviertes que hablo del entendimiento. A los hombres sucede lo mismo: entre ellos unos tienen mas talento que otros, y unos lo emplean mejor que otros.

La educacion bien ó mal dirigida en ellos, y la clase de vida á que nacen sujetos hace que unos tengan entendimientos ilustrados, y otros vulgares ó incul-tos; pero así como fuera necedad decir que todo payo, que todo cargador ó cochero es tonto por ser cochero, cargador ó campesino; así lo es persuadirse á que toda muger es tonta solamente porque es muger, pues la que tenga una regular capacidad y aplicacion, podrá aprender lo que la enseñaren y hacerse sabia, como se han hecho innumerables, cuyos ejem-



plares prueban esta verdad por el efecto.

Un gran catálogo se podia escribir de las mugeres que se han distinguido en el mundo por sus sobresalientes luces. Desde el siglo XIII comenzó á brillar el sexo en la carrera de las ciencias. La primera muger que se nota, dice Mr. Tomas en su *Pintura de las mugeres*, es la hija de un caballero Bolonés que cultivó el estudio de la lengua latina y de las leyes. A los veinte y tres años habia ya pronunciado en la iglesia mayor de Bolonia una oracion fúnebre en latin, sin que hubiese menester para ser admirada, ni las gracias de su juventud, ni de los demas hechizos de su sexo. A los veinte y seis recibió el grado de doctor, y leyó públicamente en su casa la Instituta de Justiniano. A los treinta logró por su grande reputacion una cátedra en que enseñó el derecho á un prodigioso concurso de todas las naciones. Reunió en sí las gracias de muger y las ideas de hombre, y cuando hablaba, hacia olvidar el mérito de su belleza.

En el siglo XIV se renovó el mismo ejemplar en dicha ciudad, y se repitió otro semejante en el XV.

Por los años de 72 y 73 del siglo pasa-

do desempeñó una muger una cátedra de física en Bolonia.

En el siglo XVI se distinguieron en Venecia dos célebres mugeres: la una (Modesta di Pozzo di Zorzi) compuso muchas obras buenas en verso serio, jocoso, heroico ó tierno, y algunas églogas que fueron representadas en los teatros. La otra (Casandra Fidele) una de las mugeres mas sábias de Italia, escribió con igual suceso en las tres lenguas de Homero, Virgilio y Dante, así en verso como en prosa. Fué muy sabia en la filosofía de su siglo y demas precedentes; cultivó la teología, defendió conclusiones, enseñó públicamente en Padua muchas veces, añadiendo la música á todos estos conocimientos, y ensalzó mucho mas sus talentos por sus buenas costumbres, las cuales le grangearon el aplauso de los Sumos Pontífices y el homenaje de los reyes.

En Milan hubo una ilustre doncella de la casa de Tribulcio, que pronunció en la lengua antigua de los romanos muchos elocuentes discursos en presencia de algunos soberanos.

En Nápoles, la llamada Sarrochie que compuso un famoso poema, y fué

en su vida comparada con el Taso.

En España lució una Isabel de Foya y Roseres, que habiendo predicado con aplauso en la catedral de Barcelona, fué á Roma en tiempo de Paulo III, donde convirtió muchos judíos con su elocuencia, y comentó con aplauso á Juan Scoto en presencia de P'apas y Cardenales.

Hubo tambien en España una Isabela de Córdoba que supo el latin, el griego y el hebreo, y siendo ya célebre por su hermosura, reputacion y riquezas, recibió el grado de doctor, y despues el de teóloga.

Catalina de Rivera en el mismo siglo compuso varias poesias.

Aloisia Sigea de Toledo, mas célebre que las tres antecedentes, ademas del latin y griego, supo el hebreo, el arábigo y siriaco: escribió una carta en estas cinco lenguas al Papa Paulo III, y fué despues llamada á la corte de Portugal; allí compuso muchas obras, y murió jóven.

Ustedes se cansarian de oír hablar de semejantes mugeres, si yo tratara de compilar sus nombres. Baste saber que en todos tiempos han sobresalido muchas en las ciencias, y en todos los pueblos cultos, á

proporcion que ha reinado en ellos el buen gusto.

En lo antiguo maravillaron á Roma y á Grecia, y en lo moderno á Italia. España. Francia, Inglaterra y la Europa toda han sido teatros en que han lucido los talentos elevados de las mugeres. Aun hoy vive en España la señora Doña María Rosa Galvez, famosa poetiza como lo acreditan sus obras y especialmente sus tragedias.

Ni se ha quedado nuestra América envidiosa de tales glorias. Muchas señoras americanas han sido prueba de esta verdad, y si no fuera por no singularizar, yo nombraria algunas que Méjico conoce.

Todo lo que manifiesta que las mugeres sabrán á proporcion de sus talentos y del cultivo que les dieren, sin que sea su sexo un estorbo para aprender, ni ménos un motivo que justifique su ignorancia.

Esto digo porque se observa frecuentemente que muchos padres y madres no solo no se afanan en cultivar los talentos de sus hijas, sino que se creen exentos de esta obligacion, y tienen por perdida toda la instruccion que pudieran recibir. ¡La niña lee mal, escribe peor, no cono-

ce un número, ignora los fundamentos de su religion, comete al hablar mil barbarismos, está llena de supersticiones, y últimamente, es una criatura la mas ignorante de la familia? No importa, *es muger*, no ha de ser sacerdotiza, ni jurista, ni médica &c. &c., y así nada se pierde con que no sepa ni hablar.

Así se explican muchos padres con su método de educacion, creyendo que porque sus hijas son mugeres quedan á cubierto de la nota de ignorantes y ellos de la que les acarrea su indolencia; pero en realidad ellos siempre pasan por unos descuidados entre los sensatos, y hacen á sus hijas un agravio; pues abandonar á estas por mugeres, es lo mismo que decir: *Mi hija es muger, pus mas que sea una bestia.*

Lo peor es que al tiempo que se descuidan en enseñar á las mugeres lo útil, se pone el mayor esmero en llenarles la fantasía de necedades, y en que aprendan lo que jamas debian saber.

Si son bonitas, desde muy tiernas se les hace conocer su mérito con las repetidas alabanzas que se les tributan: si son de génio vivo, se les persuade que tienen gran talento: si son locuaces ó habladorcillas, se

les significa que son sábias; y en una palabra, si bailan, si cantan, si tocan ó tienen alguna mínima habilidad, se la encarecen con los mas lisonjeros encomios. Las pobres mugeres creen que no tienen mas que saber y que son en su clase Salomones.

Con semejante método ¿qué hay que extrañar que el comun de las mugeres sea necio, superficial, vano y soberbio? ¿Pueden ser mas cuando no se les enseña otra cosa? ¿Y culparémos al sexo de ignorante é inútil, ó á los padres que lo educan entre las bagatelas é ignorancia?

Los ejemplos de estas mugeres ilustres que he citado, prueban hasta la evidencia que el sexo es capaz de saber y de pensar lo mismo que los hombres enseñados; mas no por esto digo que se dediquen todas las mugeres á los estudios serios y abstractos, ni que todas aspiren á merecer regentar una cátedra, ni pronunciar una oracion en una iglesia. Esto seria pretender que saliesen de su esfera. Las mugeres sábias y varoniles no son comunes; pero se citan para demostrar que el sexo no es embarazo para tener ni saber cultivar un buen talento, como se piensa vulgarmente.